

## DON FELIPE PARDO Y ALIAGA

*Por Pedro M. Benvenuto Murrieta*

(Discurso pronunciado en el homenaje que el Club Nacional tributó a la Memoria de don Felipe Pardo y Aliaga, el 27 de diciembre de 1968.)

Señoras y señores:

Las conmemoraciones centenarias de los grandes ideólogos y literatos han venido añadiendo en los últimos decenios a su originaria finalidad de honra admirativa, la característica fecunda de nuevas investigaciones y replanteamientos indispensables. Gracias a estos homenajes, así cada vez más útiles y sugestivos, deben muchas notables figuras de otras épocas su profundo conocimiento en la actualidad, y sus libros una renaciente continuación de crédito y enseñanza. De acuerdo con hábito tan laudable, en esta memoria de la muerte del patricio Don Felipe Pardo y Aliaga, su claro ingenio, su noble angustia cívica y su eximia producción merecen acatamiento y comentarios que sobrepasen el acento en una fama que nunca logró anular el ataque intencionado, y que ensanchen y depuren la reseña de conclusiones ciertas y fundamentadas. Y no expreso un simple

voto. Ya, varios discursos y artículos de la conmemoración difundidos en la oportunidad y otros de próxima publicación se orientan en tal sentido. Ojalá que a través de su conjunto culmine una precisa aportación duradera a la crítica conceptual y estilística de la obra del egregio limeño.

Pero hay otros felices signos del deseado aprovechamiento integral de la fecha. Han trascendido los homenajes de las instituciones académicas a más amplios ambientes de cultura y en algunos se complementan la veneración intelectual y artística y la concordancia ética y vital. ¿No hay también acaso en nuestra reunión con descendientes del prohombre rememorado, ante su imagen serena y dolorida y en la sala donde se custodian los predilectos fondos peruanos de una biblioteca cuidadísima, mucho de solidaria comunión de ideales?

He pensado que las palabras que debo pronunciar aquí por honrosa encomienda que de veras agradezco al Comité Directivo del Club, han de evitar tanto repeticiones que no se justificarían frente a la ilustrada concurrencia cuanto disquisiciones para especialistas, y he optado por el discurrir en torno de algunos aspectos del espíritu y quehacer de Don Felipe Pardo que acceden mejor a los análisis y búsquedas de pauta que requieren nuestro tiempo y nuestro país. Procedimiento —creo— muy útil en relación con Pardo, pues muchos de los adversos lugares comunes que acerca de él continúan repitiéndose persisten más que por barata rutina de transcripción o maliciosa estrategia de enemistad doctrinal —que se dan ciertamente— por inhibición, en los llamados a la misma causa de Don Felipe, de aplicar la defensa frontal del examen directo, impávido, de los aparatosos argumentos izquierdistas. Las concesiones salvarán tratos económicos, que no principios. Dentro de su terreno, por lógica interna de los hechos, cualquier inicial vergüenza de definirse va arrastrando —pronto o no, mas inexorablemente— a todos los demás renuncios. Si la hidalguía y el cristianis-

mo norman que no se contesten calumnias con calumnias, la hombría y la dignidad exigen frente a la agresión, réplica muy distinta del amilanamiento.

\* \* \*

En la pugna de principios sociales y políticos que estalló en Europa hace dos siglos, a la posición ideológica que jamás abrazó Don Felipe ha correspondido siempre la iniciativa, con las consiguientes ventajas publicitarias y operantes. Aun los nombres de las corrientes en contienda han sido, por lo general, de su selección, exégesis y conveniencia. El de *conservador*, circunstancial y acomodable cual ninguno, ha servido muy bien a la Revolución Universal. Con recorte, por primario muy efectivo, *conservadorismo*, para muchos, significa conformidad, inacción, avaro estancamiento en situaciones injustas o inadecuadas y hasta capa cubridora de meros intereses particulares. ¡Qué fácil! resulta entonces imputar ideas tiránicas, egoístas, anacrónicas o regresivas a quien se impone, sin beneficio de inventario, el riesgo de una acepción peyorativa. En cambio, *liberal*, vinculado a libertad y liberalidad, que asocia conceptos positivos de amplitud y largueza, fue durante el siglo XIX y aún lo es, sobre todo en la desencadenada crisis eclesial, palabra-talismán. Tipificado Pardo como el conservador, no hay consecuencia expresamente deducida o insinuada que no le recorte su validez de paradigma. En la comparación con su paisano y émulo Don Manuel Ascencio Segura, trillado ejercicio escolar, curso tras curso, se presenta a Don Felipe como el *godo* resentido, el arcaizante superado, el mantenedor de prejuicios y sentimientos que el progreso ha condenado a sucumbir. ¿Quién recurre a explicar cada etiqueta en su contexto habitual? ¿Quién a establecer cada posición en su complejo sociológico e histórico? ¿Quién, a cotejar las citas con criterio? Los menos,

sin duda alguna. Aun los afectos y justicieros parece que se contentaran con las adversativas: "Pardo, conservador pero nacionalista: Pardo, conservador, pero interesado sinceramente en el bien de la patria: Pardo, conservador pero no fanático cerril..." La batalla semántica siguen ganándola los que, con artificio demagógico, buscan simpatía para la total subversión. Hace poco un periodista, sin punto alguno de reaccionario, enfocando textos, ha entrevistado a Don Felipe, y nos refiere que el espíritu de Pardo, al opinar sobre los que han opinado acerca de él, se ha dolido de que lo juzguen por un solo poema, *A mi hijo en sus días*, le ha reclamado no una apología sino un esclarecimiento de su larga sátira *Constitución política*, tan mal entendida, y le ha pedido que lean sus consejos:

¿Proclamas libertad? Muy en buena hora:  
también, cual tú, de amarla yo hago alarde;  
mas libertad sin orden, nadie ignora  
que nunca se hunde en el sepulcro tarde.

.....  
Comenten esa ley los tiempos turbios.

.....  
Coméntela también el indio rudo,  
que proclamado libre, vive abyeto

.....  
¡Oh, escarnecida libertad! ¡Tu escudo  
es para el indio de pasmoso efecto!  
¿Trotar a pie le mandan. Calla y trota.  
¿Votar? Recibe su papel y vota.  
Y vota seducido o violentado;  
y en vil manejo la Provincia bulle;  
y ese voto a otros tales asociado  
en la ánfora electiva se zambulle,  
y sale un senador o diputado.

.....  
¡Imprenta licenciosa!... Agrio y adusto  
aquí frunce el lector el entrecejo,  
y me síndica de hombre de mal gusto,  
de servil, de retrógrado y de añejo:

pero no soy contra la prensa injusto;  
ni cuando cumple su misión me quejo;  
ni pretendo, por tirria, hacerla esclava:  
voy a explicarme en la siguiente octava.

Cuando a sus santos fines satisfaga  
la imprenta, razón es que libre sea:  
cuando verdades útiles propaga  
y en resistir a la opresión se emplea;  
pero la imprenta libre es fatal plaga  
cuando falaz por el error campea,  
cuando la ley de la decencia rompe,  
cuando del pueblo el corazón corrompe.

El interrogatorio del cronista no ha agotado los temas. La sombra prócer tiene mucho que responder sobre actitudes, declaraciones y silencios, propios y ajenos. Quiere precisarnos que su disconformidad no fue como se ha dicho la de un ajeno calificador virtuosista de sistemas sociopolíticos, sino la del patriota atormentado por el destino de su pueblo. Quiere rechazar cualquier concluyente parangón sólo curioso de semejanzas de tónica y temperamento y olvidadizo del sentido de convicciones y anhelos. Quiere asimismo explicarnos por qué no se pronunció sobre asuntos que hoy vemos claramente enlazados con los de su preocupación cuando vivía: su obra escrita no ofrece un compendio orgánico del ideario íntegro que la alentó; su cristiana vida muestra sí la básica coherencia entre los principios e ideales que defendía y los demás que entonces no se atacaban aún tan abiertamente pero que después, en patente sucesión de táctica escalonada, uno por uno, fueron objetivo del asalto: las esencias todas de la Tradición y la Cultura, el Espíritu y la Fe.

\* \* \*

Muy pobre ambiente literario, el del país al concluir el primer tercio del siglo XIX, cuando volvió Pardo a su nativa ciudad. Prolongados antecedentes de incuria y de mal gusto, afectación extranjeriza, carencia de estímulo exterior —tan necesario en la mayoría de los principiantes— e indigestión de contrarios modelos, agravada por el trajín de las mudanzas y desórdenes que no permitía estudio ni reflexión, ahogaban dotes y propósitos. Con una formación humanística muy superior a la que recibieron sus coetáneos educados en nuestro medio, contribuyó él, ya desde sus juveniles escritos en el segundo *Mercurio Peruano*, de manera decisiva —guianza y ejemplo—, a levantar nuestras letras de tan triste decaimiento. Son suyas muchas bases de la posterior renovación. Restauró en la lírica tersuras y armonías olvidadas. Guillermo Ugarte Chamoro acaba de puntualizar bibliográficamente que, con Don Antolín Rodolfo, Pardo inició la crítica teatral en el Perú. Sus agradables comedias, clásicas por el equilibrio de la originalidad regional y los preceptos artísticos que él obedecía y por el ajustado empleo en ellas de la lengua general y los dialectalismos, establecieron el efectivo comienzo de nuestro teatro nacional. Introdujo, por fin, el artículo de costumbres que en España cultivaban con maestría Larra y Mesonero Romanos y lo adaptó a la realidad limeña con matices peculiares que, en una u otra forma, anteceden, inspiradores, a las descripciones y relatos de toda una etapa de nuestro criollismo literario. Injuriando a Lima, un escritor aludió al “no se sabe por qué ilustre Pardo”. Excúsenle detalles en el desagravio. Sin injusticia, lleva ventaja en el lucimiento a los continuadores del apogeo, el iniciador previdente que lo hizo posible y a quien las numerosas dificultades no le desanimaron el esfuerzo creativo y el generoso magisterio.

\* \*

Puede una aristocracia separada del sistema legal en que funcionaba con todos sus atributos seguir actuando noble y provechosamente en el conjunto social. Su apoyo de virtudes, prestigio y experiencia le permiten cumplir funciones que los nuevos grupos de poder, todavía inorgánicos y más expuestos a la tentación materialista, no saben realizar a perfección. Por desgracia para el bien común de la sociedad republicana, nuestra antigua nobleza virreinal —en conjunto— no percibió sus posibilidades, se dejó aniquilar por la apatía que venía minándola desde el Antiguo Régimen, no se esforzó por continuar ejerciendo su destino histórico, y desprovista del privilegio abandonó las tareas sacrificadas. En suma, renegó de “esa fe en las sublimes ilusiones” que en frase del pensador japonés Kakuzô “constituyen el vigor y la eterna juventud de los poetas y de los antiguos”. Se condenó a sí misma, cuando menos, a disolverse en las meras oligarquías que espontánea y forzosamente habrían de ir formándose, y sin gran esperanza de bienhechor influjo. Pardo no padeció los achaques de su clase en su momento. Realce que acredita superioridad. En contraste con la mayoría de sus pares, no traicionó él su vocación de guía; sin afectación entró con señorío en cuanto empeño acometió en política, literatura y conducción humana. Es que comprendió juiciosamente el papel, las cargas y la ejemplaridad de las aristocracias. En el fragmento del poema *Isidora* y en otros lugares de su obra revela sus pensamientos al respecto:

Ese cuadro presenta lastimoso  
en su exterior la casa de Don Diego  
Zárate y Alvarado de Moscoso,  
cuyo linaje claro y solariego  
forma de su ascendencia árbol honroso:  
quien del dibujo observe el vasto pliego,  
leerá en el tronco a la primera vista  
nombres que ha eternizado la conquista.

Pero ¿qué hiciera con su alcurnia clara  
que su nombre distingue de la plebe?  
¿Qué, con la mezcla de familias, rara  
que el erudito en el blasón se embebe  
en explicar menudo? ¿Qué lograra  
con esos pergaminos en que debe  
triunfante de los tiempos destructores  
el puro honor brillar de los mayores? (1)

¿Qué sirviera de ese árbol el ramaje  
que con mil nombres célebres empalma  
la pureza de su ínclito linaje  
si de Don Diego no tuviera el alma  
otro árbol de bellissimo follaje,  
árbol que da del mérito la palma,  
árbol que en delicioso fruto abunda  
en el terreno que virtud fecunda

¿Qué lograra Don Diego si la historia  
de la bondad que en su alma reconcentra  
no le diera quietud consolatoria  
en el fatal conflicto que se encuentra?  
¿Si en Lima no causase su memoria  
hondo dolor? ¿Si no lloraran, mientras  
en el ocaso toca de sus años  
amigos y domésticos y extraños?

¿Si el huérfano no alzase por su vida  
al Eterno sus palmas inocentes?  
¿Si en el templo la viuda desvalida  
no mezclase con lágrimas ardientes  
oraciones que reza dolorida?  
¿Si millares de enfermos indigentes  
no olvidasen en tristes hospitales  
por los del bienhechor sus propios males?

¿Si no hubiese ilustrado su talento  
con nociones en Lima extraordinarias?

---

(1) En la transcripción de estas estrofas se han observado las normas de puntuación usuales al presente.

¿Si no lo hiciesen ellas un portento  
como sus viajes en regiones varias?  
Aprendió lenguas: se versó en un cuento  
de obras para aquel tiempo estafalarias:  
a Portugal y a España vio en su infancia  
y al célebre Boileau conoció en Francia.

Sin tan preciosas y envidiables dotes  
¿qué supusiera Zárate el hidalgo?  
Nada. Mas no se piense que estos brotes  
de odio a la aristocracia envuelven algo.

.....  
No seré puerco espín contra los nobles.

Conozco sí que como en pecho oscuro,  
que la indigencia sin cesar aflige  
y a quien apenas cubre andrajo impuro,  
tal vez la alma virtud su templo erige;  
también el pecho noble da seguro  
albergue al crimen, do su imperio fije,  
y lo envuelve entre púrpuras brillantes  
y lo adorna con oro y con diamantes.

Ni el cegador apego egocéntrico por la propia clase  
ni el desprecio por la antigualla que aparentó más de un  
infanzón ganoso o timorato. De ambos excesos se guardó  
Pardo —victoria de entendimiento y corazón—, y, a veces  
casi en soledad, siempre rindió al Perú su hidalgo servicio.

\*        \*

El cambio de las épocas y el encadenamiento de los  
prodigios, en el fondo, no varían el genio de las gentes,  
y el trastrueque de cosas y de esquemas no impide el rei-  
terado símil de situaciones. Meditemos, pues, y recibamos  
la lejana lección del clásico limeño en el ambiente de este  
Club, como él tantas veces incomprendido y denostado.  
Sin tener por qué asentir con todas las soluciones concre-

tas de su vida, captemos su acordada regulación sobretemporal. En la esfera de lo público, aceptemos la obligación de justicia y de orden, de coherencia y de verdad, de combate contra las debilidades y vicios colectivos que, en escala más peligrosa que la de su tiempo, perturban el concierto y el bien de las sociedades; y procuremos el testimonio y la presencia de los mejor dotados en los cargos de la máxima responsabilidad social y cultural. En los campos de la inteligencia y el arte, fomentemos el verdadero estudio razonado, la incesante perfección y la claridad y elegancia de lenguaje, seguro de nitidez para las ideas. Y en el sagrado de lo personal, ahora que el gregarismo comprime y achata toda manifestación superior y señera, admiremos sus virtudes de gran señor cristiano, modesto y laborioso, soñador y valiente, e imitemos su dechado de dignidad y consecuencia.